

GOETHE

Rüdiger Safranski



La vida como obra de arte

TIEMPO
DE MEMORIA
TUSQUETS
EDITORES

RÜDIGER SAFRANSKI
GOETHE
La vida como obra de arte

Traducción del alemán de Raúl Gabás

107
TIEMPO
DE MEMORIA
TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Goethe. Kunstwerk des Lebens*

1.^a edición: mayo de 2015

© Carl Hanser Verlag München, 2013

© de la traducción: Raúl Gabás Pallás, 2015
Diseño de la colección: Lluís Clotet y Ramón Úbeda
Diseño de la cubierta: Estudio Úbeda
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-107-9
Depósito legal: B. 7.725-2015
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por Cayfosa (Impresia Ibérica)
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Prólogo	21
1	25
Nacimiento difícil con beneficiosas consecuencias. Vínculos familiares. Pedantería y naturaleza alegre. La hermana. El hijo de una ciudad imperial. Ejercicios de escritura. El forjador de versos y el primer asunto «Gretchen». Autoconciencia estremecida. Demorar el caso serio. Extraer de los objetos comunes una cara poética.	
2	43
Leipzig. Vivir a sus anchas. Los grandes hombres de ayer. La historia con Kätchen. Ejercicios previos para una novela epistolar. Behrisch. Terapia contra los celos: <i>El humor del enamorado</i> . Ejercicios prácticos de arte. Dresde. Desaparecer en la imagen. Derrumbamiento.	
3	63
Resonancia de Leipzig. <i>Los cómplices</i> . Enfermedad. Caminos hacia la religión. Experimento con la devoción. Dos mentores: Langer y Susanna von Klettenberg. Sin conciencia de pecado. El mago devoto. La habitación del enfermo se convierte en laboratorio. La búsqueda de revelaciones químicas.	
4	77
La devoción y Kätchen palidecen. Estrasburgo. Corazón rebosante. El espíritu del lugar. La catedral como prueba de valor. «Sobre la arquitectura alemana.» Salzmann. Lersé. El perdurable encuentro con Herder. Los nuevos valores: vida, fuerza creadora, individualidad, expresión. Jugar a las cartas con Herder.	
5	89
Jung-Stilling. El <i>aperçu</i> o el relámpago del espíritu. Psicología del despertar y de lo creador. Friederike y el romance de amor de Se-	

senheim. No va a París. Discurso sobre Shakespeare. El mal llamado «doctor». Final de la estancia en Estrasburgo.

6 103

El abogado. Pleitos jurídicos como ejercicios y preludio para *Götz de Berlichingen*. Götz como héroe del Oeste. El derecho del más fuerte. El hombre soberano contra la modernidad. Persistir en la obra por amor a la hermana. El autor como su propio defensor. Primeras reacciones.

7 117

El estilo de vida de Goethe: un ocio ocupado. Poetizar sin profesión. Johann Georg Schlosser. El proceso por infanticidio y la tragedia de Gretchen en *Fausto*. Johann Heinrich Merck. Con los sensibles en Darmstadt. El caminante. Las recensiones. La estética temprana de Goethe. Un amor de verano en Wetzlar.

8 135

El retrato del joven Goethe. Intercambio epistolar con los Kestner. El suicidio de Jerusalem. Publicación de *Götz*. El tipo secreto se convierte en estrella. Gran satisfacción. Prometeo. ¿Poeta o profeta? Mahoma. Campañas satíricas contra los falsos profetas.

9 149

Hacer un uso poético de la propia vida. Caminos hacia *Werther*. ¿Qué tormentas? Tedio de la vida. El amor de Werther y el destino de la imaginación. ¿Qué nos falta cuando carecemos de nosotros mismos? La repercusión de *Werther*.

10 163

La desdicha de Cornelia. Clavijo, el infiel. Lavater y Basedow. «Profetas a derecha, profetas a izquierda», el hombre de mundo en el medio. Viaje veraniego por el Rin. Fiesta de amistad. Friedrich Heinrich Jacobi. Invitación a Weimar. Lili y Auguste, un erótico gabinete de los espejos. Las dos velocidades. Viaje a Suiza. Weimar, casi una huida.

Consideraciones intermedias: la insoportable levedad . . 181

11 187

Las complicaciones en la corte. El asunto con Wieland. El primer

acercamiento a Charlotte von Stein. Las extravagancias iniciales. El reproche de Klopstock y el rechazo. La llamada de Herder.

12 205

«Mi actividad de escritor se subordina a la vida.» El genio no protege frente al diletantismo de la vida. Contra el mundo de los literatos. La historia con Lenz, el fracasado.

13 217

Klinger, Kauffmann. *Sturm und Drang* de visita. Los protegidos. Normas de conducta. Pegasus y moho del oficio. *La misión teatral de Wilhelm Meister*, dictado, no «agitado». Diciembre de 1777: «Viaje al Harz en invierno» y el juicio de Dios.

14 233

Pose sobre lo sublime: «Triunfo de la sensibilidad». El suicidio de la hija de Lassberg. En misión política. Autoafirmación de Weimar y alianza de príncipes. En Berlín. «Gobernar.» Lo mezclado y lo puro. Reclutar soldados e *Ifigenia*. El recinto del templo del arte.

15 251

La idea de la pureza. El taoísmo de Goethe. La crucifixión de Woltemar. Jacobi ofendido. El segundo viaje a Suiza. Friederike y Lili. Dos purificaciones. La bella Branconi y la confusión. «Sobre todas las cimas descansa el cielo.» Goethe y Lavater. El banco de pruebas de la religión.

16 269

Quietud y granito. Reconciliación con Jacobi. Lecturas de Spinoza. Spinoza, Lessing, Jacobi y el poema a Prometeo: «mecha de una explosión». Naturalismo e idealismo. Endurecimiento o unión. La filosofía de la fe en Jacobi e historia natural de Goethe. El hueso intermaxilar. Restablecimiento de la amistad con Herder.

17 287

¿Permanecer en Weimar? Dificultades de la doble existencia. Nacimiento de *Tasso*. Oficios sin obras. Crisis. La edición general: ¿un cementerio de fragmentos? Goethe quiere cambiar su vida. Huida a Italia como prueba de sí mismo. Los riesgos. Partida en secreto.

18	303
El viaje a Italia. De incógnito y sin dirección. Primeros relajamientos. Paladio. «Más entregado al estudio que al disfrute.» Roma. <i>Ifigenia</i> . Entre artistas. Moritz. Nápoles y Sicilia. El encanto de los feacios. Segunda estancia en Roma. <i>Egmont</i> . Faustina. Despedida de Roma.	
19	325
Regreso a Weimar. Charlotte von Stein y Christiane Vulpius. «Eroticon.» <i>Elegías romanas</i> . Primer encuentro con Schiller. Nueva comprensión de la autonomía del arte junto con Moritz. El arte y los otros poderes de la vida. Una vez más Tasso y Antonio. Dicha familiar en la casa de caza.	
20	341
La Revolución, el «más terrible de todos los sucesos». Contra la politización general. Goethe alaba la limitación. En la guerra. El nuevo realismo de Goethe. De nuevo en Weimar. Revolución como farsa: <i>El ciudadano general</i> y <i>Los exaltados</i> . Los horrores ante Maguncia y <i>Reineke el zorro</i> .	
21	357
Goethe traza su círculo en torno a él. Amor, amistad, ciencia y arte mantienen la vida en forma. Fichte en Jena. Goethe se acerca a la filosofía. El comienzo fuerte de la amistad con Schiller: el «suceso dichoso». El primer «intercambio de ideas».	
22	371
Aportación a <i>Die Horen</i> . Dos conceptos contra una época carente de espíritu: la educación estética de Schiller y la formación social de Goethe. El «Centauro». Expediciones comunes contra las prácticas literarias: los «Epigramas». La ayuda de Schiller en el nacimiento de «Wilhelm Meister». ¿Una obra antirromántica? El final de <i>Die Horen</i> sin efectismo.	
23	385
<i>Hermann y Dorotea</i> . Vida a pesar de la historia. Búsqueda de suelo y tierra. Buscadores de tesoros. El verano de las baladas. Por «caminos de niebla». Trabajo en el <i>Fausto</i> . Preparativos de viaje. Un auto de fe. Un episodio con Hölderlin. El tercer viaje a Suiza. El horror ante la «amplitud empírica del mundo» y su dominio.	

24	401
Las fuentes poéticas atascadas. Reflexión sobre géneros: drama y épica. <i>Propyläen</i> -clasicismo. El coleccionista y los suyos. Contra el diletantismo y la falsa cercanía a la realidad. Reforma del teatro. La dramaturgia de Weimar. Traducción del <i>Mahoma</i> de Voltaire: una reparación. Escándalo del ateísmo en torno a Fichte. De nuevo <i>Fausto</i> .	
25	415
Entre románticos. Con Schelling. Mortalmente enfermo. Regreso a la vida. Un balance de la época revolucionaria: <i>La hija natural</i> . Disputa de partidos. Enfado con Kotzebue. Desavenencia y restablecimiento de la amistad con Schiller. Muerte de Schiller.	
Consideraciones intermedias: rutina administrativa y dedicación poética	427
26	431
Trabajos de duelo tras la muerte de Schiller. Galanteos. De nuevo <i>Fausto</i> . La gran conversación con Heinrich Luden sobre <i>Fausto</i> . La catástrofe del 14 de octubre de 1806. La ciudad de Weimar saqueada y ocupada. Goethe con angustia y dicha. Cambio de vida. Encuentro con Napoleón en 1808.	
27	451
<i>Pandora</i> o la doble máscara de Goethe: hábil Prometeo y Epimeteo, soñador. La terminación de la <i>Teoría de los colores</i> . Sobre las acciones de la luz y los efectos ejercidos en ella. Contra Newton. Alabanza de la intuición. Naturaleza como sentimiento de vida y como objeto de investigación. Encuentro con Schopenhauer. El discípulo al que le gusta convertirse en maestro.	
28	467
Primera medición de fuerzas con Karoline Jagermann. Disputa en torno al teatro. <i>Las afinidades electivas</i> . La novela como «segunda parte del tema de los colores». La química de las relaciones humanas. ¿En qué medida es libre el amor? «La conciencia no es un arma suficiente.» La naturaleza interna como destino. Delimitación frente a los románticos. Metafísica y física del amor entre los sexos. Naturaleza como abismo. Renuncia.	

29	483
Despedidas. Anna Amalia. La madre. Ocasión para la retrospectiva. Comienza el trabajo en la autobiografía. Autorreflexión. ¿Cuánta verdad es posible, cuánta poesía es necesaria? El tiempo narrado y el tiempo de la narración. Recuerdos del antiguo Imperio y las nuevas relaciones de poder. Reflexión sobre lo demoníaco. Todavía una despedida: la muerte de Wieland. Pensamientos sobre la inmortalidad.	
30	501
Grandes acontecimientos políticos arrojan sus sombras. Ocaso de Napoleón y liberación problemática. Cuidar el «fuego sagrado». Tributo al espíritu de la época. Hafez y el aire de los patriarcas. El <i>Diván de oriente y occidente</i> . Goethe y Marianne. El lírico juego alterno del amor.	
31	523
<i>Diván de oriente y occidente</i> : poder de la poesía en la vida. Islam. Religión en general. Poeta o profeta. ¿Qué es espíritu? Fe y experiencia. El reconocimiento de lo sagrado. Lo indirecto. La crítica a Plotino: el espíritu en la tribulación de lo real. <i>Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister</i> como prueba en un ejemplo. «La añoranza desaparece en la acción y el trabajo.» Prosa y poesía en disputa. ¿Por qué renuncia?	
32	543
Trabajo de recuerdo. Reflejo. Entre paredes de papel. El anciano Goethe entre hombres. ¿Por qué pensar siempre lo mismo? Contra el espíritu del tiempo, a favor de los acuerdos de Karlsbad. Tres veces Marienbad. Ulrike y la elegía. Despedidas.	
33	559
<i>Fausto</i> , la obra de toda una vida. <i>Fausto</i> , terminado finalmente. Del cielo, a través del mundo, al infierno, y retorno otra vez. «Me cuidaré de que las partes sean graciosas y divertidas, y permitan pensar un poco.» Lo que allí puede pensarse.	
34	581
Ayudantes de Goethe. Eckermann y otros. La última edición revisada por el autor. Se imponen los derechos de autor. Por última vez, Schiller. Zelter: breve historia de una larga amistad. Despedidas: la	

señora Von Stein. Karl August, el hijo. Último paseo en coche a Ilmenau. «Sobre todas las cumbres hay quietud.» Contra los «escombros de dunas de las horas». Morir.

Consideraciones finales. Llegar a ser el que uno es 599

Apéndices

Cronología.	609
Bibliografía	623
Notas	635
Índice onomástico.	681

Quizá sea una ironía el hecho de que Goethe, al comienzo de su autobiografía, titulada *Poesía y verdad*, cuando describe su difícil nacimiento, mencione sus consecuencias beneficiosas para la humanidad en general.

Por un descuido de la comadrona, el recién nacido estuvo a punto de morir estrangulado por el cordón umbilical. La cara se le había puesto ya amoratada y los presentes llegaron a pensar que había muerto. Lo sacudieron, le dieron unos golpecitos, y la criatura respiró de nuevo. Este peligroso nacimiento sirvió de ocasión al abuelo, el corregidor Johann Wolfgang Textor, para organizar mejor la obstetricia en la ciudad. Se mejoró la instrucción de las comadrones, iniciativa «que redundó en beneficio de quienes nacieron más tarde».¹ De esa manera, la autobiografía establecía sus primeros momentos culminantes.

El abuelo Textor, que dio el nombre al recién nacido, había rechazado en el pasado su elevación al estamento nobiliario. No habría podido casar a sus hijas, entre ellas a Katharina Elisabeth, la madre de Goethe, conforme a ese rango, pues para el estamento nobiliario no alcanzaban sus riquezas, y para los círculos burgueses habría sido entonces demasiado distinguido. De modo que siguió siendo lo que era: un ciudadano prestigioso y, como corregidor, suficientemente poderoso para apoyar el asunto de las comadronas.

El corregidor no sólo era el funcionario más alto de la comunidad municipal, sino también el representante del emperador en la ciudad imperial, distinguida con el privilegio de ser el escenario de la elección y coronación del emperador. El corregidor se hallaba entre los que podían llevar el baldaquín sobre el emperador. El nieto se recreaba en este esplendor, que también recaía sobre él, para fastidio de sus compañeros de juego, aunque gracias a él tenían también acceso a la sala imperial en el Römer, donde se representaban los grandes acontecimientos. Goethe guardaba un recuerdo cariñoso del abuelo Textor. Lo describe cultivando los frutales y las flores de su jardín, o cortando las rosas. Con su «bata, semejante a un vestido talar»² y «un

gorro negro de terciopelo» transmite al nieto «el sentimiento de una paz inquebrantable y una duración eterna».³

Una imagen demasiado idílica. Según el relato de un contemporáneo, circulaba entonces por Frankfurt el rumor de que el padre de Goethe, en un encuentro familiar en la Nochevieja de 1759, durante la guerra de los Siete Años, mientras las tropas francesas estaban acuarteladas en Frankfurt, le reprochó a su suegro Textor que como corregidor hubiera permitido la entrada en la ciudad de las tropas extranjeras a cambio de dinero. Textor «arrojó el cuchillo contra el yerno»⁴ y éste desenvainó la espada. Esa escena no aparece en *Poesía y verdad*. Acerca del abuelo Textor leemos allí que «no muestra ninguna huella de brusquedad; no recuerdo haberlo visto airado».⁵

El abuelo paterno era un sastre que había emigrado a Frankfurt y que conquistó la posición de primer modista del mundo elegante del lugar y se casó con la acaudalada viuda del posadero de Weidenhof. El sastre se convirtió en hotelero y comerciante de vinos, con tanto éxito que, a su muerte en 1730, dejó dos casas, parcelas y una fortuna en metálico de 100.000 táleros.

El hijo, Johann Caspar, tenía que alcanzar una posición aún mejor. Puesto que la familia disponía de medios económicos, fue enviado al caro y muy prestigioso instituto de enseñanza de Coburgo, luego a Leipzig y Giessen, donde, después de algunas prácticas en la Cámara de la Corte Imperial de Wetzlar, obtuvo el doctorado en derecho. Se trataba de que hiciera carrera en la administración de la ciudad de Frankfurt. Pero Johann Caspar no tenía prisa, primero quería ver mundo y emprendió un largo viaje de un año de duración que, a través de Regensburg y Viena, lo condujo a Italia y, de regreso, a París y Amsterdam. Sobre su estancia en Venecia, Milán y Roma compuso una redacción en italiano, tarea que fue su principal ocupación durante un decenio. Tenía tiempo abundante, porque a su regreso en 1740 no logró obtener un puesto en la administración local. Goethe presenta las cosas como si su padre hubiese rogado que, «sin previo balotaje»,⁶ o sea, sin elección y también sin remuneración, se le confiara por lo menos uno de los «puestos subalternos».⁷ Cuando fracasó en esta petición, herido en su amor propio, juró que no solicitaría otra plaza y que no aceptaría ninguna. Sin embargo, desde el punto de vista de Goethe, aprovechó la ocasión de comprar el título de «consejero estatal» en el Consejo Áulico, que durante el periodo de gobierno de Carlos VII (1741-1744) tuvo su sede en Frankfurt. Normalmente ese título sólo se concedía al corregidor y a los jurados más ancianos como un honor especial. «Con ello», escribe Goethe, «se ha-

bía hecho igual a los más altos y no podía ya empezar desde abajo»,⁸ cosa que, de hecho, no quería. Así, Johann Caspar fue nombrado en 1742 consejero de un emperador del que Katharina Elisabeth, su mujer, se había enamorado en un arranque juvenil.

Katharina Elisabeth era la mayor de las hijas de Textor. La llamaban «princesa», porque no le gustaban los trabajos domésticos y prefería leer novelas aposentada en el sofá. Y de hecho, tal como le contó más tarde a Bettina von Arnim, vivió como si fuera una escena de novela la coronación de Carlos VII cuando la presencié en 1742, siendo una muchacha. La joven había seguido al emperador hasta la iglesia y vio cómo oraba aquel hermoso joven de mirada melancólica y largas pestañas negras. No pudo olvidar jamás los cornetas que anunciaban su aparición. Una vez, al menos así creía Katharina, el emperador había inclinado la cabeza hacia ella desde su caballo. Se sentía elegida y, por eso, cuando seis años más tarde se casó a sus dieciocho con Johann Kaspar, veintiún años mayor, aquello no fue especialmente grato. Se casó «sin gran pasión», por más que Johann Caspar era también «un hombre guapo».⁹

Cuando Johann Caspar Goethe se casó en 1748 con la hija del corregidor, se añadió otro impedimento para que fuera aceptado en el consejo, pues en la ciudad regían leyes rigurosas contra el nepotismo y Johann Caspar siguió siendo una «persona particular». Vivía retirado, entregado a la administración de su fortuna, a escribir los recuerdos de su viaje, a coleccionar libros y cuadros, al cultivo del gusano de seda y a la educación de sus hijos, en especial del muy prometedor Johann Wolfgang.

No sabemos si es fiable lo que Goethe indica sobre la carrera de consejero imperial. Ignoramos si le faltaba ambición, si carecía de capacidad comercial, si sus conocimientos jurídicos eran demasiado académicos y no tenían suficiente orientación práctica, si había reservas frente a un hijo de posadero, que quizá se presentaba con excesiva altanería, si ante los herederos de los Habsburgo le perjudicó su adhesión a Carlos VII, de la familia Wittelsbach. Quizá todo eso junto impidió el éxito profesional. En cualquier caso, si damos fe al relato del hijo, el padre estaba muy contento con su posición. «Hasta entonces el curso de la vida de mi padre se había ceñido bastante bien a sus deseos.»¹⁰

Pero probablemente había problemas. E incluso así lo sugiere la exposición de *Poesía y verdad*, que prefiere armonizar y allanar. Se cuenta, por ejemplo, que los compañeros de juego se mofaban del muchacho por su origen. Corría el rumor de que el padre era hijo

ilegítimo y que simplemente se le atribuyó la paternidad al posadero de Weidenhof. Un caballero distinguido lo habría inducido a «desempeñar socialmente la figura del padre».¹¹ Pero harto de tirar de los pelos al calumniador o de avergonzarse, sigue contando Goethe, su amor propio se sintió lisonjeado por este rumor: «No me desagradaba en absoluto ser el nieto de un caballero distinguido».¹² Y a partir de ese momento, el muchacho buscaba semejanzas en los retratos de algunas personalidades importantes y fingió toda una novela sobre su origen nobiliario. Goethe escribe que se le inyectó «una especie de enfermedad moral»,¹³ y cierra el relato de este episodio con una reflexión moral autocrítica: «Todo lo que refuerza al hombre interiormente en su presunción, lo que lisonjea su vanidad secreta, le resulta deseable en tan alto grado que deja de preguntarse si eso puede redundar de alguna manera en su honor o en su ignominia».¹⁴ Llama la atención este impertérrito amor propio del muchacho. «No puedo contentarme con lo que a otros les basta»,¹⁵ dijo en una ocasión, a los siete años de edad.

El episodio no sólo nos muestra a un muchacho vanidoso, sino que indica también cómo la posición social del padre no estaba exenta de disputas. Y no contribuía precisamente a su prestigio el hecho de que la joven familia viviera en casa de la madre, la posadera de Weidenhof. Por tanto, hasta la muerte de esta abuela, que Goethe recuerda como «una señora bella, macilenta, vestida siempre de blanco y atildada»,¹⁶ el padre no fue señor de la casa en Hirschgraben y tuvo que esperar para realizar sus planes. Con toda seguridad esto no le resultó difícil, pues en lo demás procedía también con lentitud y prudencia.

La reconstrucción de la casa se llevó a cabo en 1755. El edificio adjunto fue derribado, y en el solar libre se emplazó primero una gran bodega para las existencias que procedían todavía de la época de Weidenhof. Entre ellas había añadas codiciadas y Goethe dispondrá más tarde que le envíen los restos a Weimar, donde en 1806 Christiane Vulpius los defenderá con valentía contra los merodeadores franceses.

Lo más sencillo habría sido derribar también la casa principal, pero entonces hubiera sido preceptivo seguir normas rigurosas para la construcción nueva, y éstas prohibían, por ejemplo, los voladizos sobresalientes en los pisos superiores, lo que habría disminuido el espacio. Hubo que apuntalar, pues, los pisos superiores de forma dispendiosa y arriesgada, para poder introducir una nueva construcción debajo. A pesar del ruido y de la suciedad, la familia siguió vi-

viendo allí hasta pocas semanas antes del final de las obras. Todo eso se grabó profundamente en el muchacho y lo abordará en uno de sus textos más tempranos. El padre dice: «Piensa en el mucho peligro que corrieron los artesanos, sobre todo en la construcción de la escalera principal, tal como tú la ves aquí, pues la bóveda entera fue socalizada con soportes innumerables». El hijo responde: «Y a pesar de todo el peligro hemos seguido viviendo aquí. Es bueno no saberlo todo, seguro que de haberlo sabido no habría dormido tan tranquilo como lo hice».¹⁷

La reconstrucción y, especialmente, la espaciosa escalera que se construyó eran todo el orgullo del padre, la «obra» de un hombre que, por lo demás, podía exhibir pocas obras más. En este punto de honor se enfrascó el hijo en una disputa a finales de 1768, recién llegado de Leipzig. Su padre se mostraba insatisfecho con las calificaciones de sus estudios. Y como réplica, su hijo criticó las ideas de su padre en la transformación de la casa. Argumentó que la ampliación de la escalera había absorbido demasiado espacio, un espacio que habría podido servir para ampliar las habitaciones. Maliciosamente, le recordó a su padre el tropiezo con el conde Thoranc, comandante francés de la ciudad que se hospedó en la casa durante el periodo de la ocupación francesa (1759-1761), en estas espaciosas escaleras, que fueron la ocasión para los indeseados encuentros. El padre, partidario de Federico, no felicitó al conde cuando lo encontró en la escalera por la noticia de la victoria de los franceses sobre las tropas prusianas, sino que refunfuñó rabioso: «Ojalá los prusianos os hubieran enviado al diablo».¹⁸ Estuvo a punto de ser encarcelado por esta razón.

Goethe narra este incidente con comprensión hacia su padre, pero con mayor simpatía por Thoranc, al que describe como un hombre noble, cortés, deferente y, sobre todo, de refinados gustos artísticos. Thoranc creó en Frankfurt un teatro francés e hizo que se le abrieran las puertas al muchacho. Thoranc fomentó también las artes plásticas y dio encargos a los pintores establecidos en la ciudad que siempre andaban entrando y saliendo de la casa en Hirschgraben. El muchacho podía verlos en su trabajo y pronto empezó a darles consejos no solicitados. Thoranc podía soportar muy bien a este chico petulante y precoz. En cambio, su padre, cuya autoridad en la casa había sufrido un claro menoscabo por causa del huésped, no veía con agrado que el hijo tuviera tanto aprecio por el francés.

Por tanto, había tensiones en la relación entre padre e hijo. Y, sin embargo, éste no ahorró dinero ni atención para encauzar al dotado hijo. Contrató a profesores particulares, que no sólo debían contro-

larlo en los deberes convencionales, tales como latín, conocimiento de la Biblia, etcétera, sino que habían de promocionarlo además en disciplinas musicales, en dibujo, versificación, manejo de instrumentos musicales. También él mismo le impartía lecciones, sobre todo de historia de la ciudad, derecho y geografía. Goethe escribe: «Mi padre era por naturaleza didáctico en general, y, cuando se alejaba de los negocios, le gustaba transmitir a otros lo que sabía y era capaz de hacer».¹⁹ Leían juntos la descripción del viaje a Italia, y pronto lo familiarizó con su colección de libros y grabados. Le complacía ver los progresos literarios del hijo, y archivaba cuidadosamente lo que le parecía logrado. Esto continuó en años posteriores. No era casual que Johann Caspar hubiera elegido la lira, el símbolo de las musas y de las bellas artes, para su nuevo diseño del escudo de armas de la familia.

Sin duda quería que el hijo llegara a ser abogado, igual que él, y quizá que recorriera incluso las mismas etapas —Leipzig, Wetzlar, Regensburg—, pero sin renunciar por ello al sentido artístico. En la época de la abogacía de Goethe, financió al hijo un escribano que lo exonerara de ciertas tareas, a fin de que pudiera seguir dedicándose a la belleza literaria. Registró con placer las primeras acciones gloriosas de su hijo en el campo de la literatura. Deseaba que éste, siguiendo sus huellas, viajara a Italia. Goethe escribe:

Yo había de seguir el mismo camino, pero un camino más cómodo y largo. Él apreciaba mis dones innatos, tanto más por el hecho de carecer de ellos, pues lo había adquirido todo a través de una indecible asiduidad, tenacidad y repetición. Me aseguraba con frecuencia, más pronto o más tarde, en serio o en broma, que él con mis dotes se habría comportado de manera completamente distinta, y no las habría administrado con tanto descuido.²⁰

Cuando en 1773 abrió junto con su padre un despacho de abogados, se invirtió por completo la jerarquía acostumbrada. Pues su padre, con una «más lenta concepción y ejecución»,²¹ actuaba como una especie de «pasante secreto»,²² que presentaba las actas al hijo, genial y rápido también en el trabajo jurídico. «Hice el libramiento con tal rapidez», escribe Goethe, «que se llenó de suma alegría paterna, y no dejó de expresarla: si yo fuera un extraño para él, él me envidiaría.»²³

Es evidente que el padre era para el muchacho una persona digna de respeto, pero no una autoridad contra la que hubiera de defenderse con gran esfuerzo. No era necesario asesinarlo simbóli-

camente. El *pathos* «contra los tiranos» del *Sturm und Drang* no lo veremos en Goethe. Su posterior indignación prometeica tiene otros orígenes y otros destinatarios.

Por tanto, el hijo apenas tuvo que emanciparse de la figura paterna, y en algunos aspectos asumió sus peculiaridades. Su pedantería y esmero, percibidos antes como más bien molestos, más adelante se dejaron ver también en Goethe. Éste alaba explícitamente la tenacidad y el carácter consecuente de su padre, propiedades que inicialmente no eran las suyas. Pero lo cierto es que Goethe llegó a conseguir el rasgo de la coherencia y la seriedad, y lo logró a través del juego. También la impronta consecuente del padre tenía algo de lúdico, pues tampoco en él fue impuesta por la «profesión» externa. La ejerció más bien en amoríos, a los que se entregaba con toda seriedad y pedantería. Así sucedió también en el hijo, que inició muchas cosas según ganas y humor, y dejó algunas cosas sin acabar, aunque la mayoría llegaron finalmente a buen puerto, por más que duraran toda la vida, como *Fausto*.

«He recibido del padre la estatura, la seriedad en la dirección de la vida, la naturaleza alegre de mi madre, y la ilusión de fábulas en mi pluma.»²⁴ La madre estaba más cerca de la edad de sus hijos Wolfgang y Cornelia que de la de su marido. Durante las clases particulares se sentaba en el rincón de los niños. Ella misma tenía mucho que aprender. Nunca dominó correctamente la ortografía. Más tarde incluso coqueteó sobre este tema y exhortó a Wolfgang a no atormentar a su propio hijo: «No martirices al joven con la escritura. Quizá no tenga la vena escritora de la abuela».²⁵ Escribía tan consecuentemente como hablaba y según escuchaba: «Nosotros hemos sido declarados *neuterales* hace poco por Napoleón mismo»,²⁶ leemos en una carta de febrero de 1806. Y sabe también que acierta con el tono adecuado y tiene el talento de la claridad: «Dios me ha concedido el don de exponer con viveza las cosas que entran en mi saber, lo grande y lo pequeño, la verdad y el cuento, etcétera; cuando me integro en un grupo, todo se vuelve alegre y gozoso con mis relatos».²⁷

En efecto, así era. A los niños les contaba cuentos. En un hermoso día de verano Wolfgang trajo su silla, la silla de los cuentos, al patio, y la festoneó. La madre gozaba trasladándose al pensamiento infantil, porque ella misma guardaba todavía un resto de infantilidad. De ahí su talento narrador, su complacencia en las «fabulaciones». Ella misma estaba «ávida en alto grado»²⁸ de seguir tejiendo el relato cada tarde, si era posible, mientras Wolfgang se sentaba a sus pies y la devoraba con los «grandes ojos negros», y la ira hinchaba las venas de su

frente cuando algo no sucedía tal como a él le encajaba. Al día siguiente le decía a la abuela cómo debía continuar la historia, y ella se lo trasladaba a la madre, que la misma noche seguía narrando la historia según el gusto del pequeño. Él era feliz y «aguardaba con ojos brillantes que se cumplieran sus audaces planes».²⁹

Su madre traía a la casa el encanto de los cuentos, y también ponía paz si era necesario. Cuando el asunto de Thoranc acarreó serias tensiones, ella sosegó los ánimos. Intentaba mediar en los conflictos entre padre e hijo. Apreciaba la alegre sociabilidad, y cuando, en la época del *Sturm und Drang*, la reciente fama de Wolfgang llenó la casa de amigos —Klinger, Lenz, Wagner—, llamaba a éstos sus «hijos», y no le importaba el apelativo de «Madre Aja», en alusión al libro popular *Los cuatro hijos de Aymon*. Daba consejos prudentes para la vida. Cuando Klinger, por ejemplo, se queja de la aburrida ciudad de Giessen, donde estudia, le escribe:

Creo que para vosotros los poetas sería una nadería embellecer todos los lugares, también los malos; si de la nada podéis extraer cosas, eso habrás de conseguir también en el lugar donde estás, aunque Giessen a primera vista no sea una ciudad de hadas. En esto por lo menos yo tengo mucha destreza.³⁰

Goethe sabía apreciar la fuerza de su madre a la hora de poetizar lo real. Su peculiar manera de ser lo preservó de la tentación de querer realizar la poesía con falsa seriedad. En *Poesía y verdad* escribe: «Si me sentía aliviado y esclarecido por el hecho de haber transformado la realidad en poesía, mis amigos se confundían por cuanto creían que era necesario transformar la poesía en realidad».³¹

El sentido realista de la madre estaba ablandado poéticamente y por eso no era tajante. Se dejaba sorprender con gusto y aprovechaba toda oportunidad para el buen humor. Sabía abrirse al presente y en la vida no se dejó amargar por las preocupaciones. Una vez escribió a la duquesa madre Anna Amalia: «He hecho el sagrado juramento de inducir a que un día le diga al otro que atrape todas las pequeñas alegrías, pero sin analizarlas demasiado, dicho con toda brevedad, el juramento de entrar cada día más en el sentir de los niños».³² No rechaza los medios auxiliares para elevar el temple de ánimo. Más tarde envía al hijo, que ya reside en Weimar, las mejores botellas de la bodega, pero se beberá hasta la última gota de «los vinos menos buenos [...], para ahorrar el transporte».³³ No abandonó el rapé hasta edad avanzada, por más que le desaconsejaran su consumo; ella se justifica

así ante la nuera: «Sin una pizca de tabaco mis cartas eran como paja, como cartas de porte; pero, ¡ahora!, van como engrasadas».³⁴

También se tomaba algunas libertades con los demás. En las cartas a Wolfgang calificaba a Christiane Vulpius de «tesoro de cama», y a ella misma le escribió en 1803: «Así que usted ha engordado y se ha hecho más corpulenta; eso me alegra, pues es un signo de buena salud y algo usual en nuestra familia».³⁵ Expresaba lo corporal sin miramientos, incluso en el arte. Sin ningún respeto, calificaba de «culos desnudos»³⁶ las esculturas antiguas que coleccionaba su hijo.

Se ufanaba mucho de su naturalidad, y también coqueteaba un poco con este tema. En una ocasión le escribió al actor Grossmann:

Dios me ha concedido, desde mi juventud, la gracia de librar a mi alma de toda suerte de corsé, por lo que pudo crecer y prosperar según los impulsos del corazón, y dilatar ampliamente sus ramas, etcétera, sin verse podada ni atrofiada como los árboles en el aburrido jardín de recreo y convertirse en un quitasol; en consecuencia, siento todo lo que es bueno y cabal.³⁷

Amaba el ambiente del teatro, pues en él las cosas no son forzadas. Cuando la casa del Hirschgraben comenzó a vaciarse, con el traslado de Goethe a Weimar y la muerte de su marido, atrajo hacia ella al cuadro de actores. Con algunos cultivaba un contacto más estrecho e intercambiaba cartas. Pero aquel ir y venir no duró mucho tiempo. Ojos que no ven, corazón que no siente. Vivía realmente en el instante, y se dejaba llevar por el cambio del tiempo. Dejó en herencia a su hijo esta voluntad de presencia. En efecto, también para él lo natural era el capricho del instante y tuvo que inculcarse laboriosamente la conciencia del deber y la preocupación por el futuro. Aquí el modelo era más bien el padre.

Por más que su madre viviera de manera espontánea y referida al instante, nunca dejó suelto a su hijo; no obstante, evitó ser una carga para él. Le habría gustado visitarlo en Weimar, pero Goethe no la invitó nunca, excepto una vez durante las guerras de la Revolución, cuando podía ser peligroso para ella seguir viviendo en un Frankfurt en guerra. Entonces le recomendó trasladarse a Weimar, e inició los preparativos. Sin embargo, ella permaneció en Frankfurt. Más de una vez había dado hospedaje a militares franceses en la casa de Hirschgraben. Estaba acostumbrada a esa clase de preocupaciones, y podía componérselas perfectamente.

Goethe nunca dijo por qué no quería tener a su madre cerca de

él. Quizá temía que con su naturalidad irritara al mundo distinguido y formal de Weimar, y quería evitarse este disgusto a sí mismo y a su madre. Por otra parte, sabía también que ella era apreciada en sus círculos. En concreto, con Anna Amalia mantuvo un cordial y casi fogoso intercambio epistolar.

En cualquier caso, una vez que dejó la casa paterna, Wolfgang ya no quiso tener a la madre en su cercanía. No quería seguir siendo el *Hätschelhans*, el niño mimado, tal como ella lo llamaba.* Entre 1775 y 1808, el año de su muerte, la visitó solamente cuatro veces. Ella no le hizo ningún reproche por este motivo, pero expresó su desencanto a personas de confianza. Para su madre, los días que pasaban juntos eran días de fiesta. El banquero Abraham Mendelssohn, padre del compositor, se encontró con los dos en 1797 cerca del teatro: «Llevaba a la comedia a su madre, una mujer llena de colorete y pretensiones».³⁸

El hijo era el preferido de la madre, y lo siguió siendo. En rápida sucesión vinieron al mundo otros cinco hermanos; pero de todas ellas solamente Cornelia, año y medio más joven, alcanzó la edad adulta. Entre ella y Wolfgang había lazos estrechos; fue una relación delicada, que dejó en Goethe huellas importantes. Como niño, tuvo que presenciar la muerte sucesiva de cuatro hermanos. Tras la muerte de Hermann Jakob, a los siete años, la madre, según contaba Bettina, se admiró de que Wolfgang no derramara «ni una lágrima», sino que mostrara más bien una especie de enfado. Al plantearle la pregunta de si no quería a su hermano, corrió a su habitación y sacó de debajo de la cama una pila de papeles, llenos de lecciones escritas, y dijo: «Escribí todo esto como materia para enseñárselo a mi hermano».³⁹

Fue Cornelia, un año más joven, la que recibió de él sus lecciones. Cuanto había aprendido y leído, aquello de lo que se había enterado por casualidad, tenía que transmitirlo inmediatamente. Aprender a través de la enseñanza. Esta circunstancia persistió a lo largo de su vida. Cornelia era una alumna solícita que admiraba a su hermano. También tomaba parte en la representación de pequeñas obras teatrales, que Goethe organizaba con los niños del vecindario. En *Poesía y verdad* leemos: «Los hermanos compartían y recorrían mano a mano»⁴⁰ las vivencias que se producían en la temprana juventud.

Goethe narra también una historia que él no, pero intérpretes posteriores, especialmente Sigmund Freud, han relacionado con el vínculo entre los hermanos. El muchacho jugaba con la vajilla en la ventana que daba a la calle. Comenzó a echar los platos mientras

* Por alusión al libro así titulado. (*N. del T.*)

aplaudía alegremente al compás del estruendo. Los vecinos le siguieron el juego, él juntó todas la piezas que pudo y las arrojó a la calle una tras otra, hasta que la llegada de los padres puso fin a su travieso entretenimiento. «La desgracia había sucedido», escribe Goethe, sin embargo, «quedaba por lo menos una historia divertida por tanta cacharrería rota».⁴¹

Los padres, por el contrario, no encontraron la historia tan divertida, ni tampoco Sigmund Freud, que descubre en ella la agresión subliminal de un niño que no quería compartir con los hermanos la atención de la madre. Freud interpreta la rotura de porcelana como una acción sustitutiva que expresa un asesinato fantaseado. Lo que aquella acción significa es que los molestos competidores en la pugna por la atención de la madre deben desaparecer. De ahí la escasa aflicción de Wolfgang ante la muerte del hermano más joven. Según Freud, Goethe contó la historia de la porcelana para volver a disfrutar inconscientemente de su triunfo cuando quedó como único favorito de su madre. «Quien ha sido favorito indiscutible de la madre conserva durante toda la vida aquel sentimiento de conquista, aquella confianza en la victoria, que no pocas veces conduce al éxito.»⁴² Es cierto que Goethe fue el favorito de la madre y pudo desarrollar un fuerte amor propio. Pero sin duda esta historia nos habla de otra cosa. Goethe la presenta explícitamente en otro contexto. Describe la forma de vida de los niños, que no crecían encerrados en casa, sino que se desarrollaban de múltiples maneras en «unión inmediata con la calle y el aire libre».⁴³ La cocina, en verano, sólo estaba separada de la calle por una verja. «Nos sentíamos libres, en cuanto estábamos familiarizados con el espacio público.»⁴⁴ La pequeña historia de la de la porcelana rota se propone mostrar en un ejemplo adónde puede conducir esta bella libertad. Quizás el protagonista principal sean los vecinos: el público, en atención al cual el pequeño arroja la vajilla a la calle. Más tarde Goethe advertirá una y otra vez frente a la tentación de dejarse desconcertar y determinar por intereses del público. Lo público nos hace libres y nos estimula, pero también nos somete a coacciones. Desde este trasfondo la anécdota comentada puede entenderse también como una escena originaria para un tema de la vida de Goethe: la ambivalencia de lo público, que nos resulta necesario pero del que hemos de protegernos.

Wolfgang crece como un niño de ciudad. Las impresiones que le afectaban no eran la soledad y la vida tranquila, sino el hormiguero humano, tal como tenía que darse en una importante ciudad comercial al estilo de Frankfurt, con sus treinta mil habitantes, sus tres mil

casas, los estrechos y tortuosos callejones, las plazas, las iglesias, las instalaciones portuarias, los puentes, las puertas de la ciudad. Goethe describe de manera penetrante los paseos por esta ciudad percibida como un laberinto, el tufo a especias, cuero o pescado de las tiendecillas; la bulla de los artesanos, los tejedores, los herreros, las llamadas de los comerciantes; los mostradores de los carniceros llenos de moscas revoloteando a su alrededor. El muchacho los miraba con horror. En conjunto, aquello era un revoltijo. Todo parecía producido por la «casualidad y la arbitrariedad, pero no por un espíritu regulador».⁴⁵ Y sin embargo, había una concordancia del conjunto. En esta agitación del presente descollaba con un aire de veneración y misterio el pasado: las iglesias, los conventos, el ayuntamiento, las torres, los muros y los sepulcros. Le gustaba acompañar a su padre, que en los puestos de libros se paraba a mirar los grabados antiguos, los escritos y libros viejos. En los baratilleros los niños encontraban ejemplares estropeados de sus libros preferidos, los que tanto apreciaron después los románticos: *Los cuatro hijos de Aymon*, *Eulenspiegel*, los «libros populares», *La bella Magelone*, *Melusina*, y la *Historia del Doctor Fausto*. «Se afianzó en el joven cierta inclinación a la antigüedad»,⁴⁶ escribe Goethe. Por eso recorre con su padre las antiguas crónicas, le fascina especialmente la descripción de la coronación del emperador en su ciudad. Pronto se familiariza en tal grado con los antiguos usos y ceremonias en lo que se refiere a su origen y significación, que puede explicárselos con orgullo a sus camaradas.

Eso era el mundo de la ciudad, ruidosa y embrollada, pero misteriosamente susurrante desde el pasado. Estaba rodeado por hombres y por obras humanas. La naturaleza quedaba más lejos, era la meta de excursiones. Aquel niño de ciudad tenía que buscarla por su propia cuenta o dirigir miradas añorantes a la lejanía, en concreto desde el segundo piso de su casa, donde el pequeño estudiaba sus lecciones y miraba a través de la ventana, por encima de los tejados de las viviendas, de los jardines y de las murallas de la ciudad, «a una bella llanura fértil, que se extiende hacia la lejanía».⁴⁷ Cuando el sol emprendía la marcha a su ocaso, no se cansaba de contemplar la escena.

Wolfgang era un joven muy dotado, pero no un niño prodigio, como Mozart, al que conoció en una actuación magistral. Comprendía deprisa, se le daban especialmente bien las lenguas; siendo todavía un muchacho dominaba bastante bien el italiano, el francés, el inglés, el latín, el griego, e incluso era capaz de leer el hebreo. Junto con Cornelia, que también gozaba de un don parecido para las len-

guas, abrigaba ya en su tierna infancia la intención de escribir una novela en seis idiomas. El plan no se realizó, pero en su intercambio epistolar del tiempo de Leipzig ambos pasaban sin esfuerzo del alemán al francés y al inglés. El joven leía la Biblia en latín y en griego, y le fascinaban sobre todo las historias veterotestamentarias de la época de los patriarcas. En *Poesía y verdad* narra la historia de José, que en sus años jóvenes ya le había impresionado y de la que tomó nota. Dice Goethe retrospectivamente que encontró en ella concentración interior y paz, «aunque, fuera, la situación estuviera tan agreste y extraña». ⁴⁸

Atiborraba el papel con sus borradores, y fue beneficioso para él que pudiera dictar al doctor Clauer, un hombre desvalido, sumido en una profunda melancolía, al que el padre acogió como pupilo en la casa. A Clauer le gustaba que le dictaran, así como escribir, pues así se tranquilizaba. Cuando tenía días difíciles, se le oía vociferar en su habitación. La locura moraba en casa.

El joven Goethe devoraba toda la literatura que tenía a su alcance, desde los mamotretos jurídicos que encontraba en la biblioteca paterna, continuando con el *Mesías*, de Klopstock y con *La isla Felsenburg*, de Schnabel, hasta las resbaladizas obras de un Racine o Voltaire en el mundo del teatro francés; y leía una y otra vez la Biblia, que para él estaba llena de historias encantadoras, un encanto que más tarde encontró también en *Las mil y una noches*. Tendía a «elaborar, repetir y producir de nuevo» ⁴⁹ inmediatamente lo adquirido y leído. Así surgieron abundantes pequeñas obras teatrales, poesías y fragmentos épicos, esbozados con rapidez y que tratan con sorprendente habilidad formas y temas usuales. Sabía adentrarse mentalmente sin esfuerzo en temas delicados, por ejemplo, en las preocupaciones de la ortodoxia protestante con sus «Pensamientos poéticos sobre el descenso de Cristo a los infiernos», un trabajo elaborado a los dieciséis años, que evoca en imágenes escalofrantes el pozo infernal y se recrea con gusto en fantasías punitivas, para ascender luego con el Cristo triunfante:

Brillan luces de relámpago,
a los malvados asusta el relámpago,
y al abismo los echa,
el hombre-Dios las puertas del infierno cierra,
de los lugares oscuros se eleva,
y de nuevo en su gloria entra. ⁵⁰

Un par de años más tarde, en Leipzig, este poema le resultará penoso, y lamentaba no haberla destruido como había hecho con algunas obras tempranas.

Sus primeros ejercicios escritos revisten en general las características de un discípulo modelo, aunque a veces son atrevidos, por ejemplo, el diálogo con un compañero llamado Maximilian, redactado originariamente en latín y traducido al alemán por el propio autor. ¿Cómo pasamos el tiempo hasta que llegue el maestro?, pregunta Maximilian, y Wolfgang responde: con la gramática. A Maximilian eso le resulta aburrido y propone emprender una carrera con las cabezas apretadas la una contra la otra, a fin de ver quién aguanta más. Wolfgang responde: «Esto me queda lejos, por lo menos mi cabeza no es adecuada para ello [...]. Que jueguen a esto los machos cabríos».⁵¹ Pero con este juego se consigue por lo menos una cabeza dura, responde Maximilian. Y Wolfgang replica: «Eso no sería ningún honor para nosotros. Yo prefiero conservar blanda la mía».⁵²

Tales «diálogos» pertenecían al apartado de la retórica, en la que el joven había de ejercitarse. Igualmente obvio era forjar versos. También esto le resultaba fácil, y pronto se convenció de que componía los mejores. Le gustaba recitarlos ante la familia y también ante los amigos. Solían reunirse los domingos, y cada uno declamaba sus composiciones; Wolfgang notó con sorpresa que, a pesar de «recitar versos muy flojos»,⁵³ cada uno de ellos estaba seguro de que los suyos eran muy buenos y se sentía orgulloso de ellos, incluso en el caso de que se los hubiese compuesto el profesor particular. La autovaloración de los compañeros, insensata a todas luces, le creó inseguridad. ¿Era infundada en igual medida la valoración de los suyos? ¿Soy yo mismo tan bueno como me creo? Esta incertidumbre, escribe, «me inquietó mucho y durante largo tiempo, pues me resultaba imposible encontrar un criterio exterior de la verdad, es más, me atasqué en mis producciones, hasta que finalmente mi ligereza y mi amor propio [...] me tranquilizaron».⁵⁴ De nuevo topamos con el «amor propio», claramente muy estable.

La habilidad para forjar versos enredó al joven en una historia ambigua y lo llevó a una relación con una joven llamada Gretchen. Cabe dudar de si las cosas transcurrieron tal como las relata Goethe, pues no tenemos otras fuentes para confirmarlo. Lo cierto es que se trata de una bella historia sobre el poder de las palabras.

Algunos jóvenes, que habían tenido noticia del hábil forjador de versos, se acercaron a él deseosos de someterlo a prueba con una «galante carta de amor escrita en verso»,⁵⁵ como si una muchacha tí-

mida la hubiese compuesto para un joven. En un abrir y cerrar de ojos, Goethe les entregó lo solicitado. Recibe otros encargos, su habilidad artística es utilizada para fines que él ya no adivina. «Así me embauqué a mí mismo, pues creía burlarme de otro, cuando en verdad de ahí acabaría derivándose para mí alguna alegría, pero también alguna incomodidad.»⁵⁶ La incomodidad consistió en que algunos del grupo convencieron al nieto del corregidor para que intercediera por ellos ante su abuelo. Al final, se ve envuelto en una red de corrupción, falsificaciones y estafas, de la que aquel dotado forjador de versos es cómplice sin sospecharlo. Y Goethe hace la observación muy significativa de que por primera vez se acercó al abismo social.

El aspecto inicialmente agradable del asunto se cifraba en conocer a una hermosa joven, algo mayor que él, probablemente una camarera. Se enamoró de la muchacha, llamada Gretchen. El capítulo quinto de *Poesía y verdad*, un punto culminante de toda la obra, narra dos historias enlazadas entre sí con verdadero arte: la de aquellas sospechosas mistificaciones en las que había caído, y la de las brillantes fiestas de coronación, que el joven presenció acompañado de Gretchen, como si se tratara de una ofrenda de amor dispuesta para ambos.

Gretchen tuvo que abandonar Frankfurt porque se descubrieron unas maquinaciones ominosas. Parece que ella manifestó: «No puedo negar que lo he visto con frecuencia y agrado; pero lo he considerado siempre un niño y mi inclinación hacia él era en verdad un cariño de hermana».⁵⁷ El enamorado se sintió tan ofendido por esas palabras, que enfermó. Apenas podía tragar, y cayó en un estado de «llanto y rabia».⁵⁸ Y a la vez encuentra humillante «perder el sueño, la calma y la salud por una muchacha que se complacía en considerarme un niño de pecho y en dársele de gran nodriza conmigo».⁵⁹

Goethe intentó superar este estado de ánimo. Un profesor particular le recomendó la filosofía. Pero encontró en ésta unas conexiones entre las cosas que no le cabían en la cabeza. Quería conservar el sentimiento de lo misterioso e inexplicable y para ello la religión y la poesía eran más apropiadas; en cambio, la filosofía le resultaba molesta con sus impertinentes explicaciones. No obstante, su orgullo se sentía incitado a demostrar que era «capaz de penetrar»⁶⁰ en tales materias. Ahora tenía necesidad de una confirmación de ese tipo.

La historia de Gretchen lo había sacado de quicio. Perdió la confianza medio infantil medio ingenua en sí mismo. Había recibido un doloroso toque de atención sobre el juicio de los demás. Ahora se

veía también desde fuera. Hasta entonces, considera él ahora, no había tenido «que pensar en ningún observador ni siquiera en medio de la gran muchedumbre»; ahora, en cambio, lo atormentaba una «altivez hipocondriaca», como si «todas las miradas estuvieran dirigidas a mi ser, para retenerlo, investigarlo y censurarlo».⁶¹

En este contexto de inmediatez perdida y de oprimiente experiencia de observación extraña y propia se enmarca también un suceso característico, que no está relatado en *Poesía y verdad*, pero del que algunas cartas dan testimonio.

Por esa época Goethe, que todavía no había cumplido los quince años, escribió al presidente de una liga de la virtud, en la que algunas personas jóvenes y distinguidas se habían unido en una especie de sociedad secreta. Solicitaba la admisión. Este escrito al joven de diecisiete años Ludwig Ysenburg von Buri es la primera carta de Goethe que se ha conservado. Confiesa en ella sus faltas. Sabe que el examen de sí mismo forma parte del ritual. Menciona tres defectos. El primero es su «temperamento colérico»;⁶² dice que es fogoso, pero no rencoroso; declara en segundo lugar que le gusta mandar; sin embargo, «también soy capaz de dejar de inmiscuirme donde no tengo nada que decir». Y en tercer lugar menciona su impertinencia; habla, dice, también con desconocidos como si los conociera desde hace «cien años».

La solicitud fracasa y este joven señor que se abre paso con semejante altanería es rechazado. Se han conservado algunas cartas intercambiadas por los miembros de la liga. «No le preste atención, por amor de Dios»,⁶³ escribe alguien. Y otro informa: «Me he enterado de que es dado a los excesos y a muchos otros defectos desagradables para mí, que no quiero contar».⁶⁴ Y un tercero advierte: «Destaca más por parlanchín que por su profundidad».⁶⁵

A sus quince años, Goethe aspiraba a ingresar en esta liga de la virtud porque le atraía la gente de más edad, supuestamente más madura. Se sentía superior a los de su misma edad, y éstos pronto le resultaban aburridos. Había a su alrededor un grupo de amigos: Ludwig Moors, hijo del juez de paz y burgomaestre; Adam Horn, hijo de un pequeño empleado en la secretaría de la ciudad, y Johann Jakob Riese, también de buena familia. Los tres se unieron para hacer excursiones por los alrededores y formaron un círculo en el que leían en alta voz y discutían. Goethe era el jefe indiscutido. «Nosotros éramos siempre los lacayos»,⁶⁶ recordará más tarde Moors; y Horn, que marchó a Leipzig con su amigo, cuenta desde allí en una carta a Moors que todavía no se le podía echar un pulso a Goethe: «Tome el

partido que tome, gana, pues ya sabes qué peso es capaz de dar incluso a las razones meramente aparentes». ⁶⁷

Vemos que el joven Goethe despertaba admiración, pero también provocaba rivalidad. Y resulta muy comprensible que no en todas partes despertara simpatía un joven al que su madre tenía que prepararle cada mañana tres juegos de prendas de vestir, uno para la casa, otro para las salidas ordinarias y las visitas, y el tercero para reuniones de gala, a saber, tafetán, medias de seda y una elegante espada.

En el círculo de amigos, Goethe era siempre el centro; de él salían la mayoría de las ideas para el juego y otras empresas. Pero el «juego de maridaje» no fue idea suya. Para evitar que las parejas surgidas espontáneamente se consolidaran demasiado pronto, se sorteaban cambios por un tiempo limitado; se trataba, por tanto, de fingir que se establecía un vínculo, pero sin tomar el asunto muy en serio. Esto complacía al espíritu juguetón y lleno de curiosidad de Goethe. Así, acabada la historia desagradable con Gretchen, podía galantear y prepararse todavía por un tiempo, demorando las urgencias en asuntos de amor, y no sólo en éstos; al respecto solía decir: «Extraer de los objetos comunes una faceta poética». ⁶⁸